



CARYL CHESSMAN
El escritor
en la cámara
de gas

Página 3



CONTRATAPA
Culebrón tatuado,
un relato
de Luis Soto

Página 4


télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TELAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 5 | NÚMERO 211 | JUEVES 17 DE DICIEMBRE DE 2015



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

UNA HISTORIA QUE SACUDE COMO UN "CROSS" A LA MANDÍBULA

Envuelta en una atmósfera oscura y violenta, Luis Guzmán aborda en *Hasta que te conocí* una trama que parte de un asesinato alrededor del cual se tejen otras historias, donde la ocultación y el engaño configuran una novela dominada por la intriga que, como un "cross" a la mandíbula, sacude constantemente al lector. En ese universo se cruzarán Walenski, un ex peista a cargo de un gimnasio en

Avellaneda, y Lucero, la novia de un stripper que aparecerá muerta de un balazo junto a un pitbull, luego de recibir la inesperada noticia de que la joven está embarazada. Este asesinato dará lugar al ingreso en la historia del inspector Bersani—un personaje que, como Walenski, integra el universo narrativo de Guzmán—, quien se sumergirá en el oscuro y sórdido mundo de las peleas de perros.



2 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 17 DE DICIEMBRE DE 2015

A la altura del mito Galerna



SEBASTIÁN BASUALDO

A solo un año de asumir la tarea como editor responsable de la prestigiosa editorial Galerna ha publicado cerca de veinte títulos, entre ficción y ensayos. Uno de esos títulos encabezó durante semanas la lista de los libros más vendidos, generando un verdadero y no menos sorprendente boom editorial. En diálogo con *Telam*, el escritor y editor Gonzalo Garcés comparte su balance personal sobre su trabajo al tiempo que proyecta un 2016 ventanoso para una Colección de Narrativa Contemporánea cuyas ediciones lograron irrumpir en el mercado no sólo por el acierto de los autores seleccionados sino también por la calidad de sus libros, hermosamente diseñados tanto por Margarita Montjardin como por Fernando Lendiro.

Después de un año de trabajo, la Colección de Narrativa Contemporánea ya tiene un perfil bien definido. Lo primero que se advierte es que está lejos de los cánones de la academia. ¿Podría decirse que le interesa una literatura que interpela la realidad?

Sí. Acá tengo que ponerme marxista y decir que el modo de producción define, en buena parte, el contenido. Para ser claros: en Galerna no somos ni una multinacional como Random House o Planeta, ni tampoco un emprendimiento por amor al arte, donde el editor se da el gusto de publicar lo que se le ocurra, sin atender a costos o beneficios. Somos una empresa de capital argentino, que busca publicar literatura, no cualquier producto; por lo que tiene que sostenerse en el mercado. Y eso se refleja en lo que publicamos. De algún modo diría



GONZALO GARCÉS. "GALERNA ES UNA EMPRESA DE CAPITAL ARGENTINO, BUSCA PUBLICAR LITERATURA Y TIENE QUE SOSTENERSE POR LOS LIBROS QUE VENDE".

que somos una editorial proletaria, en el sentido de que nos sostenemos sólo con lo que generamos de año en año. Eso influye en mi actitud a la hora de buscar libros, por decirlo de algún modo, de batalla. Libros que salgan a interpelar al lector, que planteen cuestiones fuertes. Por supuesto que eso tomar formas muy diversas. Puede ser, como en *Que tal se detenga*, de Gonzalo Unanuno, una ficción política; de hecho, yo considero ese libro como la primera novela del poskirchenerismo, una frase que causó bastante irritación cuando sacamos la novela, y que resultó absolutamente acertada. Puede ser también, como en *El perro de la casa*, de el *persuimio, estúpido*, de Fernando Iglesias, que lleva vendidos más de 25.000 ejemplares, es el libro político más vendido del 2015. Pero también puede ser una ficción como *Anatomía de la melancolía*, de Carlos Aletto, que

está ambientada en el siglo XVII, y que dice cosas no menos contundentes sobre la culpa, la curiosidad científica o la redención. Esta novela le gusta mucho a Ricardo Piglia. Así de diverso es el catálogo que estamos construyendo, sin dejar de tener en común esa cualidad un poco guspa, un poco batalladora.

Resulta significativo el hecho de que en una misma colección convivan autores prestigiosos como Sylvia Iparraguirre y otros de proyección como Gonzalo Unanuno, por ejemplo.

Bueno, como te decía, ante todo no quiero hacer una colección de libros que se lean por razones racionales o de consagración me importan menos. Por supuesto

nos honra que una escritora magnífica como Sylvia Iparraguirre publique con nosotros. Es toda una responsabilidad. Pero, en fin, somos ambiciosos. Y también tenemos sentido del juego. Puestos a jugar, me gustaría publicar más libros de Sylvia, y también a Abelardo Castillo, a Fernando Vallejo, a María Moreno, a Philip Roth, a Michel Houellebecq. Jugar a ser la mejor editorial del mundo.

Esto es cuanto a la narrativa, pero también hay una apertura hacia lo ensayístico.

Creamos también una colección de ensayo. Y una de clásicos, y una de filosofía. En marzo sale un libro que es un libro de filosofía, de Leticia Martín y Fama, de Eduardo García Valverde, entre otros. Vamos a reeditar una novela de Daniel Guebel. Además, hay un escritor montenegrino que quiere y quiere publicar en Galerna, y creo que es una oportunidad demasiado buena como para revelarla ahora. En marzo hablamos.

En cuanto al 2016, ¿nos puede adelantar algunos títulos y temáticas que formarán parte de la Colección de Narrativa Contemporánea?

Además del libro de Tomás Abraham, vamos a publicar una novela de Patricia Suárez, *La renegada del perro*, el segundo tomo de la Biblioteca Altrna, *El último invierno*, un ensayo sobre géneros de Luciano Latarea, *Yo no soy hombre*, y tres novelas de autores noveles: *Los acortados*, de Martín Kasánietz, *Errógenos*, de Leticia Martín y Fama, de Eduardo García Valverde, entre otros. Vamos a reeditar una novela de Daniel Guebel. Además, hay un escritor montenegrino que quiere y quiere publicar en Galerna, y creo que es una oportunidad demasiado buena como para revelarla ahora. En marzo hablamos.

Celebrada en el país y traducida a varios idiomas, Selva Almada reaparece con *El desapego es una manera de querernos*, un libro que reúne su faceta cuentística menos conocida con relatos, hasta ahora descatalogados o inhallables, y que fueron publicados a lo largo de diez años en revistas, sitios y antologías. Almada (Entre Ríos, 1973), dedicó gran parte de su obra a los cuentos como "única

relación posible" con la literatura. Esta compilación está integrada por las series "Niños", "Chicas lindas" y "En familia" (de *Una chica de provincia*, 2007), "Intemec" y otros relatos "dispersos", textos recuperados para revisar sus "menos conocidos" de las novelas consagradas *El viento que arasa* y *Ladrilleros* y de la impresionante crítica *Chicas muertas*, recientemente traducida al turco.



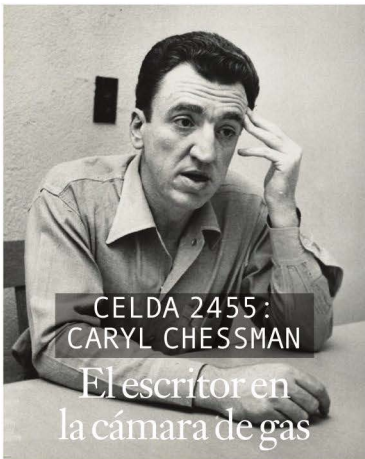
LEONARDO HUEBE

Carol Whittier (Caryl Chessman) nació el 27 de mayo de 1921 y fue ajusticiado en la cámara de gas de la prisión de San Quintín, California, el 2 de mayo de 1960. Su condena a muerte había sido dictada en 1948, pero a lo largo de doce años logró que se postergara la ejecución. En el "Pabellón de la muerte", no sólo estudió latín y Derecho (fue su propio defensor), sino que escribió varios libros, entre ellos *Celda 2455: Pabellón de la muerte (autobiografía de un condenado)*, que se publicó en 1954 y vendió más de un millón de copias en todo el mundo.

No se puede decir que Carol Chessman haya tenido una infancia feliz. Cuando tenía siete años estuvo a punto de morir dos veces: primero por un asma bronquial agudo y luego por una encefalitis causada por una infección viral; a los ocho, su padre fue uno de los casi nueve millones de desempleados que dejó La Gran Depresión; a los diez, en un accidente de auto, Caryl sufre rotura de mandíbula y nariz, mientras que su madre se quebra la columna vertebral y queda parálisis de la cintura para abajo; tiempo después, su padre, desesperado por las deudas y por no poder costear el tratamiento de su esposa, abre la llave de gas y mete la cabeza dentro del horno. Se salva de casualidad.

En 1935 entra a la Escuela Superior. Solitario y siendo blanco de burlas (es allí y por ello que decide cambiar el nombre de ascendencia danesa por el menos femenino Caryl), se junta con otros jóvenes de su condición, entre ellos uno que sabe cómo hacer un puente eléctrico para arrancar un automóvil sin la correspondiente llave. Chessman comienza a robar autos mientras aprende a conducir.

A los dieciséis años es arrestado por primera vez, y desde aquella primera vez, hasta el día en que se le permite ir a morir en la cámara de gas, su vida se dividió en azaltos, violaciones, arrestos y juicios, así como en libros y escritura. Ya desde la adolescencia había tomado la costumbre de tomarse como un elemento de estudio y a buscar



CELDA 2455: CARYL CHESSMAN El escritor en la cámara de gas

CARYL CHESSMAN. ESTUDIÓ LATÍN Y DERECHO EN EL "PABELLÓN DE LA MUERTE" Y ESCRIBIÓ VARIOS LIBROS.

en su mente las razones de su conducta. Se trataba, en cierto modo, de encontrar la realidad, escribe, independientemente de lo horrible que pudiera ser.

Además, se dedicó a investigar que significaban para la sociedad la bondad y la decencia, lo atroz y lo sádico.

Permites en aferrarte a un ideal, una sabiduría que viveo (...) en una jungla en la que los escepticos o consiguen convertir a los demás o mudo de ellos o encuentran una forma de escapar más allá de lo soportable. Pero el mundo es un lugar donde a veces, como viviera una indefensa ovejita en un claro de la jungla.

Caryl Chessman concluyó que había crecido con miedo y cobardía, y que en algún momento todo su resentimiento se había convertido en odio y crueldad.

Tuvo plena sensación de haber alcanzado un triunfo amoroso. El bien y el mal, la razón y la ira no eran más que conceptos abstractos, no muy claros y despreciables, sin verdadero significado. Había fracasado en su intento de ser bueno. Ahora era distinto. Ahora no se lo podría ignorar.

En los primeros días de 1948, un individuo comenzó a terrorizar a los habitantes de Los Angeles. Utilizando sobre el techo de un automóvil una sirena policial, interceptaba, asaltaba, robaba, y a veces,

raptaba y violaba a sus víctimas.

A mediados de ese año, Chessman es arrestado bajo la acusación de raptar y violar a dos mujeres. Las víctimas lo reconocieron como a "El bandido de la luz roja", apodo ideado por la prensa.

Un tribunal lo condenó por estos delitos a la pena de muerte. Tenía 27 años.

Adquirir el don de la palabra y el valor de pagarle todo; saber separar a los devorados; tener de la mano el bronceado que firman el consiguiente de las prescripciones de la ley y el gobierno; y poder intelectual. Conseguir esto, se tienen los materiales que se

requieren para fabricar armas con que poder librar, en el campo judicial, la batalla por la supervivencia sin dar cuartel y sin pedirlo.

Y es a partir de este momento que comienza la leyenda. Encerrado, estudia Derecho y pide ser su propio defensor. A pesar de haber sido reconocido por las víctimas y de su interminable pontificio, se defiende tan brillantemente que logra hacer dudar una y otra vez al jurado de su culpabilidad, así como a la sociedad de la época. Sus alegatos contra la pena de muerte establecida con la "ley Lindberg (instaurada tras el secuestro y asesinato del hijo del aviador Charles Lindberg)", eran verosímiles y contundentes, lo que le generó a Chessman un apodo nacional e internacional inaudito: la mitad de la población estadounidense estaba de su lado, así como celebridades y políticos mundiales (entre ellos Norman Mailer, Ray Bradbury, Marlon Brando, Shirley MacLaine, Eleanor Roosevelt, la reina de Bélgica, el Vaticano y el gobierno de Brasil), que abogaron con firmeza por el cambio de sentencia. Desde Holanda se llegó a pedir que se considere a Chessman para el Premio Nobel de Literatura.

Ahora que el Estado se ha tomado su venganza, me gustaría preguntarle al mundo qué los ganados con él.

Doce años peleó en los tribunales, hasta que a las 10 de la mañana del 2 de mayo de 1960 fue ingresado, finalmente, a la cámara de gas. Apenas caen las ampolas de cianuro en el cubo colmado de ácido sulfúrico ubicado debajo del sillón y el gas cianhídrico comienza a saturar la cámara hermética, Chessman decide aspirar con fuerza para apurar su muerte.

Y quizá, con esta acción, es el mismo quien decide su suerte.

En el momento que comienza la ejecución, el juez que la había ordenado le pide a su secretaria que llame al recinto donde se la iba a ejecutar para pedirle que espere y permitirle al condenado una nueva aplicación. Pero la mujer, la primera vez que marcó equivocado el número.

Cuando el alcalde recibió la orden del juez, Chessman ya había fallecido.

EL VÉRTIGO DE LO IMPREDECIBLE EN LOS CUENTOS DE BRUNO PETRONI

La imagen de una mujer entrando a una cárcel con una tarta de crema y frutas podría ser la síntesis de un libro agrícolico como *La revolución de los justos* (Mil Botellas), de Bruno Petroni, en cuyos cuentos los personajes tratan de hacer pie, con pasos de murga, sobre una atmósfera tapizada de escorbos. En su nuevo libro Petroni, (Buenos Aires, 1984), continúa una línea narrativa que inició en *Los*

chicos y las guerras (2011), en la cual los personajes—varios de ellos jóvenes y niños—descifran con palabras, dibujos y ojos escrutadores, una vidriera cambalachea que preannuncia un fondo apocalíptico. El escritor Jorge Consiglio señala que “la escritura de Petroni—cierta y mordaz—reúne, en un solo movimiento, la temperatura límite de la tradición rioplatense y la cadencia sincopada de la modernidad”.



4 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 17 DE DICIEMBRE DE 2015

DIRECTOR DEL SUPLEMENTO LITERARIO TELAM: CARLOS ALETTI ■ SLT.TELAM.COM.AR



CONTRATAPA

→ Luis Soto



Culebrón tatuado

“La verdad no se dice, hay que usarla”, se repite Claudio Larsen minutos antes de las 11 de la noche, sentado en una cabina de locutorio. Las piernas extendidas, de manera que las sandalias calibre 46 aterrizan sobre el tubo del teléfono, va mordiéndose mecánicamente los flancos de un sindivich de salame y arrama su boca a la papita color ámbar que bailota dentro de la gaseosa. Ha intentado comunicarse varias veces con la mujerita que hace un par de meses gritó: “desapareció de casa, olvidate de mí”. Recuerda Larsen que en medio de una partida de billar con el Negro Audi, profesor de matemáticas en el colegio en que él dicta ciencias naturales, había ofrecido datos de la agonia de su relación matrimonial. “Andamos mal con Irene, y además crecí un amorito con una alumna...”, diría que inquietante. No sé si blanquear la cosa”, necesitó franquearse. “Blanquear con la piba con Irene?”, preguntó Audi. “¿Piba qué es, un gato chido?”. Audi dejó de medir el efecto que le iba a dar a su bola, dijo “cuidado” y deslizó la sentencia sobre el uso de la verdad. Sin tener en cuenta el consejo, Larsen optó por confesar la situación a su esposa. No omitió mencionar, si-

quiera, la posibilidad de que la muchacha estuviese embarazada. “Hay momentos en que soy apenas un pobre hombre”, admite. Irene se largó a llorar. Luciendo una serenidad imprevista y una sorprendente economía de palabras—sólo empleó seis, esas que no cesan de retumbar entre sus sienes—, fue Carmen, su hija, la que escupió lo que, cuando dramatiza, suele definir como una condena al exilio y el olvido. Esa noche Larsen durmió en una pensión de Montserrat. El sereno preguntó cuántos días iba a ocupar la habitación, me voy mañana a primera hora, dijo él. Sin embargo, semanas más tarde se había convertido en el de-la-pieza-9. En algún momento se va a enterar que Bades S.A. le ha enviado una carta documento con una denuncia por abandono del trabajo. En cambio se encontró con la piba en un hotelucho transitorio con un plan establecido: quería que se quedarán sólo un turno, sin propósito de coito. Regostados en la cama, vestidos los hijos, él le dijo a su esposa: ella confirmó su embarazo. Mirándose en el espejo Larsen amagó una caricia, la mano apenas rozó la mejilla. “Yo me hago cargo

de todo”, dijo. Al salir del consultorio de una partera de barrio se metieron en el piso alto, desierto la platea, del cine Lorca. Todavía sedada por efectos de la anestesia, la piba dormía, la cabeza apoyada sobre el hombro de su compañero. Situado por una borrosa sensación de arrepentimiento, aceptando las fugaces distracciones que desde la pantalla lo tentaba el rostro de Klaus Kinski, Larsen reconstruía escenas de esta última etapa de su vida. Autor del consejo en la partida de billar y también de la recomendación de la partera, Audi había sido figura relevante. “Visto de afuera y con semejante final, yo sé, Klaus, que esto es un culebrón. Con dolor y en soledad siento que llevo tatuada la muerte en el pecho. Pero no es un dibujo. Nada de pigmentos inocentes. Las agujas chorean sangre, la muerte está viva”, simuló dialogar Larsen, impudico en su autocrítica. “Tengo que hablar con mi hija”, no para de demandarse. Audi sugirió que la fuerza buscar a la familia del señor Assler, Juan Carlos, plantó frente al portón de la calle Puán. En cuanto alcanzó a verlo, Carmen corrió hasta cruzar de vereda. “Me tiene que escuchar”, se alienta ahora, mientras marca nuevamente los números de su casa. Algún atiende el llamado.

Si fuera Irene, Larsen ha resuelto no hablar. Reconoce la voz de una mujer anciana, con acento eslavo. “Boris, mi niño...!”, exclama la mujer. Larsen prolonga la decisión de callar. La mujer cuenta que hace más de 40 años espera este llamado. Es trabajo descubrir lo que dice. Suena irreal, pero Larsen cree entender que la espera empezó en Belgrado. “Señora Berta”—así se nombra la mujer—embarcó hacia Argentina en busca de su hermano Ladislao. No lo pudo encontrar, él había viajado a Misiones. Señora Berta contrató a un detective, que se limitó a reunir unos pocos informes. Ladislao era habitué en un boliche de mala vida de Oberá y la obsesión que lo guiaba se reducía a apastar insectos de lomo negro, pero sólo si eran “así de grandes”, parece que decía separando dos dedos. Larsen extiende el índice y el pulgar, calcula que debía referirse a bichos de 7, 8 centímetros de longitud. Lemniendo que sus manos estén sucias por la viscosidad de los insectos, el señor Assler y Juan Carlos Señora Berta continúa. Con vodka y pisco se emborrachaba Ladislao, sin dar muestras de su estado, ni desatender el más leve

movimiento que registrara a su alrededor la presencia del enemigo. Controlaba techos, paredes y el piso de tierra apisonada. Cuando aceptaba charlar con otro parroquiano contaba que su fobia se había manifestado después de leer un relato de Horacio Quiroga. El dueño del boliche recordaba que cada tanto, y sin moverse del mostrador, Ladislao decía que se comunicaba con Quiroga. Insistía en avisarle que el gobierno de su país había vuelto a regularizar los grosos de su pensión de guerra. Con ese dinero él iba a encargarse de Buenos Aires los somniferos que tanto le costaba conseguir al escritor. “Boris?”, exige de pronto la señora Berta, cortando el monólogo, quebrado por silencios y gemidos. “Hijo de Ladislao?”, insiste en la identificación. “Sí, Boris”, dice Larsen. “Trinvirato al \$400”, anota, y aunque sólo tiene 100 pesos y el reloj va a marcar no menos de 60, para un taxi y da la dirección de Villa Urquiza. En la casa señora Berta conserva en clausura una misteriosa cajonera enredada para Boris, cualquier edición de Boris. Afianzando su intención vividora, que limita a comida y alojamiento, Boris Larsen fantasea con el bumeante rojío de la pupri-la de un gashoy y el suave lecho de un almohadón de plumas.